



**BORRASCAS**



*Interior de una casa de paredes de ladrillo. Cuatro pilares de madera seca sostienen el techo de paja tejida. El techo está construido a cuadrados. Algunos de esos cuadrados no están cubiertos de paja: Son agujeros. Otro está vencido: Una especie de bolsa de paja que cae.*

*Sobre los mismos pilares (que sostienen el techo), a mitad de recorrido entre techo y suelo, unas cañas cruzan el espacio de la casa de lado a lado. En estas cañas, a modo de telares, se ven estiradas varas de esparto.*

*Piso de tierra seca. Crecen algunas matas: Macollas de esparto.*

*Sobre el techo tres mujeres:*

*Carda, mujer vieja, apoyada a un costado del techo, sobre el cuadrado deformado-vencido, que cae como una bolsa. Canta como un jilguero.*

*Madre, mujer de edad media, trenza con varas de mimbre seco los agujeros del techo. Se asoma por ellos.*

*Clama, mujer joven, en una silla de paja (semiatada con hojas de esparto).*

*Por uno de los agujeros del techo, a veces se ve el pelo de Carda, largo y enredado de color grisáceo sucio, semejante a la cola de un caballo.*  
*Viento.*

#### ESCENA 1

*Madre, Carda y Clama en el techo. Madre le dicta una carta al oído a Clama. Clama repite y escribe casi sonámbula.*

CLAMA.— “Madre se está muriendo, la tengo acá, a mi lado, agarrada de esta mano. (Hijo) Con la mano libre te escribo para pedirte que vengas a verla. Tal vez le queden horas... Venite. (Hijo) Madre y yo te esperamos. Mamá.”

*Clama cae con la silla desde el agujero del techo.*

*(A Madre.)* Soñé que le escribía una carta a mi hijo. Era lindo. Creo que me escribiste una igual, Madre. Por eso vine.

*Pausa.*

¿Por eso vine, Madre?

MADRE.— Basta de preguntas y date por bienvenida.

CARDA.— *(Como recitando.)* “Hija, te escribo con mi mano libre. Con la otra agarro a la abuela Carda. Me la aprieta. No sé si me la va a soltar. Tal vez le queden horas. Está vieja, ¿entendés? Venite para acá.”

*Clama y Madre la interrumpen. A la vez.*

CLAMA.— ¡Sí, esa carta recibí!

MADRE.— Ay mamá, me emociona.

CARDA.— Esa carta te la dicté yo. Y acá estoy. Y acá está, Clamita...

*(A Clama.)* ¡Acá estás! ¡En todo tengo que estar!

MADRE.— Así es. Tiene razón mamá. *(A Clama.)* Y la carta a tu hijo la escribiste conmigo. Juntas, babieca. Ningún sueño. Todo claro.

*Madre baja del techo a buscar a Clama.*

CLAMA.— Madre, ¿cómo la escribimos juntas?... Entonces no es cierto...

MADRE.— Clama, acá estamos juntas. *(La acomoda con la silla y vuelve a subirla.)* *(A Carda.)* Correte un poco. Otra vez en nuestro nidito. De tres es buena la dicha.

CLAMA.— Paja. Decís paja. Encerradas en la paja.

CARDA.— Las aves viven así. Y son familias armónicas. Se cuidan y picotean con gusto. Hacele caso a tu madre. Y date por bienvenida.

CLAMA.— Sí, Carda, gracias, gracias. Estoy contenta. Vine y estoy contenta. Esto no es un sueño, ¿no? ¿Y mi “Hijo”? ¿vendrá?

MADRE.— Hija, vos y tus sueños. Y Licimio que no aparece.

CLAMA.— Yo ¿sueño lo que me piden? ¿Es eso? ¿Sueño con mi “Hijo” o sueño tener hijos? ¿Los tengo? *(Se cae de la silla. Clama queda tirada en el techo.)* ¿Qué me piden? Sueño ser Madre. *(Balbuceante.)* “Ser mamá, claro, Madre, sos vos madre, ¿no?” ¿Se entiende? Madre, no grités. No. Yo no te hice nada en la mano. Perdoname.

CARDA.— Debe ser otro sueño.

MADRE.— Te escribí con esta mano para que vuelvas. Y con esta mano te sostuve mientras le escribías a tu hijo para que nos vuelva. Con esta mano. *(Carda y Madre enrollan sus manos, retrayendo los brazos, no se sabe de quién es cada uno.)* Así lo subimos a Licimio. Día tras día. Nada te pido. Así es el amor, ¿no?

Sucede. Tan natural como poner un huevo o cambiar de pelaje. Como hacer un techo nuevo cada día, como...

CARDA.— Dame con la vara. La sal. Qué cosa. Otra vez me pica.

MADRE.— Como rascar. Así es el amor.

*Escena familiar: la abuela jilguerea mientras Madre le rasca la espalda y acomoda a Clama, que se arrastra por la paja del techo; con la silla sobre sus espaldas, como un caparazón.*

CLAMA.— Qué denso es todo acá arriba. Demasiado denso... No sé cómo aguantan. Otra vez... me mareo. El aire... Como si recién pariera. Me siento floja, adormilada. ¿Es la sal? Este aire mineralizado. Lo digo porque lo estuve pensando todos estos años. Si no, ¿por qué me caigo? “No cante más, Abuela Carda”, grito... El mismo canto y me caigo. “Agarrame, Carda.” Un craquido en la columna y quedo así. Sin movilidad. *(Se cae otra vez la silla por el agujero del techo. Clama queda colgando.)* ¿Es un sueño? No subí más. No era fuerte, yo. Lo suficientemente fuerte para la altura. ¿Los nidos son altura para madres? Quedé abajo, yo. Y no lo vi más.

CARDA.— Cortas tiene las patas la mentira. Cortala y bajate.

CLAMA.— *(Se hamaca colgando del techo.)* Me gusta colgarme... las alturas... Qué linda la carta, Madre (“Madre se está muriendo... *(Pausa.)*...la agarro con esta mano... *(Pausa.)*... *(Hijo)* te escribo... esperamos. Mamá.”) Me emociona. ¿Por qué nunca antes me habló así? Hay amor ahí, no sé... ¿Por qué no me preparó, Madre? ¿Ve?, me emociono tanto que ni tutearla puedo.

MADRE.— *(Baja, descuelga a Clama y la acomoda con dificultad en la silla, abajo.)* ¿Ve, mamá? No insista más. No tiene condiciones. Se nos viene abajo. Si fuese mamá sabría qué hacer. Es así. A veces es tarde.

CARDA.— Nunca es tarde cuando la dicha es buena.

MADRE.— *(Trenzando sobre los palos de hilar que cruzan de pared a pared.)* Yo le hice un lugar en mi corazón. Pero fallé. Creció mucho. Le preparé su nidito. Más se lo acolché, emplumadito todo. Pasame ese manojito. Yo orgullosa. No me importaron ni apretujones ni machucazos. Crecía y yo le abría mi carne. Como buena mamá. *(Yo, Madre)* Ay: mi Licimio, ahhh.

CLAMA.— ¿Y yo no tengo carne, Madre? Era mi hijo. Es mi “Hijo”.

MADRE.— Y seguía, seguía creciendo... creciéndome, creciéndome adentro... ay, una caverna el pecho... Y se me hizo incómodo. Y me ocupó todo. Ni respirar

podía con ese muchacho adentro. El amor ahoga, ¿sabías, Clamita? No, qué vas a saber. Estirá bien las varas. Estíralas bien. Lo mataste.

CLAMA.— ¿Cómo?

MADRE.— Que estires bien las varas.

CARDA.— Tirar los hijos al mundo y hacerlos volar no es fácil. Los pichones que se caen.

CLAMA.— ¿Cómo? Yo sé que le di teta. Me despierto en el suelo y no está. (*Estira las varas.*) ¿Así está bien? Lo tenía en la panza y lo despedí de golpe. En pocos minutos mi hijo estaba fuera.

MADRE.— Ni siquiera sufriste como mamá. Dos días parándote a vos y a tus hermanas. ¿Y para qué? Da vuelta el manojo. Apurate.

CARDA.— Las mujeres se agarran más fuerte.

CLAMA.— Me despierto y no está. (*Dejando de estirar varas.*) Madre, se me duermen las manos. Espere un poquito. Sé que le di teta, Madre, le di teta y después... es todo borroso. Se lo llevan y me lo traen cada tanto... No puedo ubicarme, ¿qué pasó? ¿Lo maté, dijiste? (*Pausa.*) ¿Lo maté?

MADRE.— Esforzate vos, yo ya estoy vieja. (*Cosiendo el techo desde abajo.*) Otra vez aflojaste con las tiras.

CLAMA.— Le di teta. Una mamá lo sabe. (*Volviendo a trabajar.*) Pinchan las varas éstas. Ya va. Carda seguro lo vio. ¿Carda?

MADRE.— ¿A quién le hablás?

CLAMA.— A tu mamá, Madre.

MADRE.— No te escucha. Dejé en paz a la abuela.

CARDA.— Una es vieja y la tratan de lela. Claro que me acuerdo, Clama. Bravo y cojonudo. Varón nacido en la noche de los vientos trinos. Licimio. Todos nos descosimos. Porrazo que me di. Como para olvidarme.

CLAMA.— Madre: por qué dijiste lo mataste. Eso dijiste, ¿no? Era de pelo dulce, greñudito. “Hijo”. (*Se tapa la boca.*) ¿Lo maté?

CARDA.— Vomité nomás. Limpiarse es bueno. (*Asoma las manos en huequito.*)

MADRE.— Lo mataste en tu corazón, babei. No te apabulles. Digo FALLÓ TU NATURALEZA DE MAMÁ.

CARDA.— Lo que *natura non da*... Aclarale...

MADRE.— LO MATASTE EN TU CORAZÓN quiere decir que desde chico no tuvo un lugar en tu corazón. Y claro, se fue secando, muriendo. Los chicos viven si las mamás les hacen un huequito. Ya te expliqué cómo tenía yo el pecho, agujereado como una caverna salitrosa. Parece que el tuyo era demasiado sólido. De ahí la arrogancia. ¿Una mamá tiene descanso?: Todo tengo que explicarte: las varas, el trezado... todo. Basta. Dejé las tiras nomás. Te entra por un oído y por el otro. (*Trabaja. Tiempo.*) La arrogancia te dejó tullida.

CLAMA.— Parálitica prefiero, Madre.

CARDA.— Es ley natural. Creció mucho. Y se escabulló. Otro más que tire y pegue...

MADRE.— (*Vuelve al techo.*) (Sí.) Soy vieja. A ver, córrase, mamá. ¿Usted también quiere mortificarme? Mire mi corazón, desplumado-machucado. Lo natural hubiese sido que tu corazón, Clama, tu carne lo contenga. No importa. Ya está. No me llames más. No bajo más.

CARDA.— Y está cansada, Clama. Entendé. Coser un techo por día no es moco de pavo. Así estamos, el techo nuestro de cada día.

MADRE.— Que el viento decida, que el viento nos lleve. Carda, es nuestro destino. Ya ni para trenzar hay.

CLAMA.— No, Madre, bajá. Vení acá, conmigo. Yo vine. Vamos a estar bien. Ese aire te hace mal. Todo tan seco. Papá decía que le ardía respirar acá. Y arde. Yo vine. Estoy acá. Por algo estoy. Y vamos a ser más. Muchos, miles, dos miles. No sé qué digo. Uno más por lo menos... Lo traigo. Prometo. Estoy contenta, ¿saben?, contenta... Yo voy a poder. Si-soy-mamá-se-los traigo.

*Canto de jilgueros.*

## ESCENA 2

*Carda y Madre en el techo. Clama se deja caer de la silla, busca arrastrándose y cava un pozo con las manos.*

MADRE.— ¿Qué hacés? Estás levantando una polvareda. Pará...

CLAMA.— Era por acá. Yo hice un nidito...

MADRE.— Hija, tapá esos agujeros. Estropeás las puntas. ¡Con las varas no!

CLAMA.— (*Sigue cavando pozos por todo el suelo.*) Tiene que estar por acá. Yo también le hice un huequito a mi hijo. (En el piso.) No en mi corazón. (No sé.) Como atrapado lo tenía. (Al corazón, digo...) De chica vi o soñé, no sé, una lámina: Una cacería real. Todos escondidos tirando perdigones y muchos patos o gansos, cubriendo el cielo. Creo que era una propaganda de pinceles... de pelos cerdosos, suaves. Así estaba mi corazón, mi carne. (*Cava.*) “Pelocardá” se llamaban los pinceles. Así todo junto. (¿O Pelopincho?)

CARDA.— Cabeza de chorlito. Te dejás influenciar por una propaganda.

CLAMA.— Por acá. Por acá, tiene que estar. En esta tierra. Me acuerdo, así, como ahora... Agachadita. Ustedes por arriba farfullando, y yo cavo un pocito... Me miro las manos y son garras, se me vuelven garras. Me siento un águila, dura, esbelta, emplumada, luchando por abrir esta tierra seca. Sacando con el pico el polvo. Para que entre mi hijo. Y entró. Quedó por aquí. No sé por qué no lo encuentro. Justo en el redondito pozo que le hice... No, seguro, “Pelocardá”, todo junto, sí. Ah, y también se lo acolché. Hasta eso. Y aquí quedó... ¿Quedó aquí? Antes de irme, lo cubro y le digo: “Nada te va a faltar”. Y acá le dejé comida para mi hijito. “Nada te va a faltar”. Mojé las ligulitas con mi saliva y se las dejé preparadas. Muchas bolitas-blanditas, porque no tenía dientes, un piquito. Y le apreté los párpados, se los pellizqué para que no tenga sueños feos nunca. Y lo besé. (*Silencio.*) (*Tararea un jingle.*) “Pinceles Pelocardá pintan colores del Alba.” Todo el nidito le besé.

MADRE.— No seas estúpida, hija. Licimio era grande cuando se fue.

CARDA.— No le vamos a escribir cartas a un chico de dos años. Pajuata.

CLAMA.— ¿Y qué besé? ¿Y el nidito? ¿Otro sueño? No está. (*Sobre la tierra toda poceada.*) ¿Dónde está mi hijo entonces? “Hijo”. Madre, ¿lo mataste?

MADRE.— No creo. Siempre nos cuidamos bien de subirlo. Bien al cuidado de los vientos. Subirlo y atarlo.

CARDA.— Punto cruz. A tu madre no le sale muy bien. Las trenzas se las hacía yo. Reconocelo.

MADRE.— ¡Mamá!

CARDA.— Tiene que saberlo. Es la mamá. Las mamás tienen que saber todo de sus hijos. Por ejemplo esto: Para atarlo el punto cruz mejor era el mío. ¡El mío!

CLAMA.— (*Tirada sobre el último pozo que cavó.*) Acá están. Son plumitas. ¿Ven que lo había metido aquí? Ahora me acuerdo. Siempre tenía que soñar otro sueño. ¿Su sueño, Madre? Esa noche sueño el mío: lo tengo toda la noche. Conmigo. Licimio llora, pobrecito, no me reconoce, llora, asustadito. No hay caso: no me reconoce. Ustedes arriba farfullando. Tiene unos jilgueritos en el bolsillo, se los saco, se los muestro, y sigue a los berridos. “Mirá los pajaritos, mirá.” Cosquillitas con las plumitas, los parpaditos, todo... “Sh”, “Sh” (así le digo), “Sh”. Y no se calla. Más le muestro los pajaritos, más llora. Las manos asoman, los pares de manos que se lo llevan. Se lo llevan. Me quedo con los jilgueritos. “Mis hijitos”. Me sentí mamá. Los dejo acá y acá están las plumitas. Ni tiempo tuve para ponerles nombre. Esos jilgueritos necesitan un nombre. No pude dejar de pensar en eso. Una parejita era. (*Besa las plumas.*) ¿Alano y Milva les gusta?

CARDA.— Cascote-Farfolla-Heno.  
Seco-Polvo-Paja-Picotazo.  
Ahí tenés nombres...

CLAMA.— No piensen que yo maté a los jilgueritos. No. Ya estaban muertos. Licinio (hijito), los tenía ya muertos... en el bolsillito. (*Pausa.*) ¿De dónde se lo llevaron a mi Hijo, del corazón o del nidito?

MADRE.— Hasta que un corazón no es nido no hay madres. Aprendé a desplumarte.

CLAMA.— Me sentí mamá. ¿Puede ser una mamá de plumas sin nombre? Dormí y me desperté. Varias veces. Más de tres. Una vez me desperté y fui a buscar-me un hijo. Otro.

MADRE.— Un hombre. A varonear un rato. A la laguna.

CARDA.— Si hay otro traelo. A los hijos se los bien-recibe.

CLAMA.— No pude. La panza se hinchaba un poco y enseguida perdía líquido. Pensaba “Apreté fuerte las piernas, que va a subir”. Pero no podía, aflojaba... Si subía mucho se iba a ir alto, otra vez. Lejos. Varitas que me pinchaban y los hijos caían... solitos. No sé, me dormía y me pinchaban y me despertaba y no tenía nada. Nada más. Eso pasaba mucho. Allá... Pasaba mucho. (*Sacude las plumas y abre más y más el pozo.*) Acá en la tierra tienen que estar, Licinio. HIJO.

MADRE.— Dejá esas plumas. No nos empolvés más. Salí a buscarlo. Andá a la laguna, si sos mamá. Acá no hay nada.

*Clama se sacude y sale a los saltos sobre la silla de paja hacia la laguna.*

*Canto de jilgueros.*

## ESCENA 3

*Madre y Carda en el techo. Clama ovillada debajo de la silla, como un perro.*

CLAMA.— Madre.  
*Farfulleos de madres.*

CLAMA.— Madre.  
*Farfulleos de madres.*

CLAMA.— Madre, ¿no podés callarte un poquito? No me dejan descansar. Volví cansada. Muchos kilómetros saltando...

MADRE.— ¿Y Licinio...? ¿Lo viste? *(Se asoma boca abajo, casi rozando el piso.)* ¿Qué hacés toda enroscada?

CLAMA.— No está.

MADRE.— Le dije, mamá. Como buscar una aguja en un pajar...

CLAMA.— Escuché voces. Como en sueños. Era triste.

MADRE.— Hija, vos y tus sueños. No sé por qué no retuviste a tu hijo. Debiste. Ahora no habría que hacer tanto lío... Mirá a la abuela: fulminada por la espera. Así estamos. *(Mirando macollas del suelo.)* Arrancame una, no alcanzo.

CLAMA.— Abuela Carda, necesito hablar con usted. Me volvieron esos sueños. Pedazos. Carda.

*Silencio de pampas.*

CLAMA.— Abuela Carda, ¿me escucha?

MADRE.— Mamá, te están hablando. Despabilate.

CARDA.— Como el ave solitaria con el cantar me consuelo.

MADRE.— Aprendé, la vida te hace vieja o te hace sabia. *(Clama chupa las varas.)* ¿Qué pasa, Clama? Dejá de chupar y arrancala de una vez.

CLAMA.— Es que yo voy a la laguna. Y siento las voces o la sal. No sé bien qué primero. Y vuelve todo el sueño.

MADRE.— No te entiendo. Dejá de chupar eso. ¿Qué viste?

CLAMA.— Está todo cambiado. Muchas cañas en cruz. Arrumbadas. Casi no hay agua. La laguna es sal, una capa gorda de sal... dura, sólida. Pensé en mi corazón. Eso me dijiste, Madre, ¿no? Sólido... ¿salado?

MADRE.— Hacé algo. Empezá a enrollar de la punta izquierda a... Despacio.

CLAMA.— Tanta sal que se me seca la garganta. Y ahí empiezo. No puedo parar. Se me refleja todo. Yo veo mi reflejo. Y en el reflejo yo me veo... espiando matar gallinas. Por el cogote hasta desangrarlas. Asco me da. El polvo se chupa toda, toda la sangre. ¿Un reflejo puede dar asco? No sé. ¿Las gallinas son gallinas?

MADRE.— Espiar es traicionero. Enrollá más fuerte.

CLAMA.— Abuela Carda, yo era chica y acá había gallinas, eso es cierto, ¿no?

CARDA.— La época de la gallina. Claro que sí... me acuerdo... Las gallinas me gustan porque son domésticas... A vos bien que te gustaba chupar el cuellito.

CLAMA.— Cogote. Cogote se dice, porque es animal. Abuela Carda me distraía y cuando no me daba cuenta me lo robaba. ¿Se acuerda, Carda?: Me hacía reír... con pavadas, gracias me hacía con una mano. Y cuando lo iba a morder, ya no lo tenía. A veces creía que había soñado que tenía el cogotito del pollo en mi mano. No sé cómo desaparecía. Después le veía el hilito amarillo... (eso que sale del cogotito, no sé bien...) esa venita colgando de la boca a Carda. Lo absorbía despacio por el costado izquierdo. ¿El hilito colgando era cierto?

CARDA.— A veces los sueños son transparentes y son sueños. A veces lo real es sucio, polvoriento... Y es cierto. (Cierto como gallina mansa que sangra y se seca.)

MADRE.— Sabiduría de vieja. Te dijo todo. Desenrollá las macollas y pasámelas.

CLAMA.— La tierra se chupa toda la sangre. Las gallinas secas.

CARDA.— La tierra es sabia. La necesitaría. Las gallinas son domésticas.

CLAMA.— *(Sigue chupando.)* Y yo... ¿estoy chorreando?

MADRE.— Dejá de chupar. La sal te hace mal, babeiaca. Sabé que te lo digo como Madre. Estirá las varas, ¿escuchás? Estíralas bien. De izquierda a derecha. Con ritmo. Por atadito.

CARDA.— *(Con el pelo-cola de caballo todo revuelto sobre la cara.)* Desgracia es que peleen como gallos. No doy más. Creí que me iba. ¡No se dan cuenta de nada!

MADRE.— Mamá, no se me queje que me hace aflojar a mí. Usted está bien sujeta. La desgracia es el lugar. Te digo, babieca, siempre sobre el palo bajo. Mantén el ritmo. Así. Bien. No nos dejés estaqueadas. (No chupés más...)

CARDA.— La desgracia es el tiempo. Mirame a mí. Te pone vieja. Sin remedio.

MADRE.— Basta, mamá, me hace llorar delante de Clama. Eso le da gusto. (*A Clama.*) ¿No te das cuenta de lo que pasa? ¿Podés dejar de chupar eso? ¿Nada viste... más que reflejos?

CLAMA.— Solamente esto encontré. Unas plumitas. Otra vez.

CARDA.— Desgracia es lo que se nos viene.

CLAMA.— ¿Son de jilguero?

MADRE.— Debe estar cerca. Volvé. Preguntá. Con cuidado. Debe estar escondido. Decile que lo perdonamos. No me importa si arrancó las macullas antes de tiempo. Ni las varillas que nos rompió a los cabezazos. Era bravío. Impetuoso, su naturaleza. Decile que lo entendemos. Que vuelva.

CARDA.— Te dije, Madre, perdiste los estribos... era un chico. Escuchá bien. Fijate las voces. Yo estoy medio sorda. Pero con el viento se oye un rugido.

CLAMA.— Yo escucho jilgueritos. Cánteme un poco, Carda.

MADRE.— ¡Por favor! Siempre pidiendo.

CLAMA.— Lo digo para darme fuerza. Fortaleza de Madre.

MADRE.— Somos mujeres fuertes, calladas. Pero sufrimos más que cualquiera. Surcos duros de sequía. Huesos apolillados por artritis. Ni movernos. Aquí estamos. (Juntas.) No te confundás. Y andá de una vez.

CARDA.— ¿Y yo? ¿Te crees que no iría? ¿Te creés que es fácil estar siempre en equilibrio? Cómo juega el viento maua con una, como una pobre veleta. ¿Te creés que a las aves no les gustaría bajar un ratito y acostar a sus hijos en una camita? Es nuestro destino y al destino se lo acepta. No hay más remedio. Lo demás es obstinación.

CLAMA.— Voy volando. Digo, a los saltos.

MADRE.— Vaya, hija, vaya, la esperamos. Digna atochita de estos páramos. Esperá. Vení que te emprolijo un poco. (*Va hacia Clama.*)

*Canto de jilgueros.*

## ESCENA 4

*Clama sentada en su silla. Madre se sienta en el respaldo y le trenza el pelo a Clama con las manos de Carda.*

MADRE.— Mirame las manos. Trabajadoras. Artríticas. Deformadas. Casi garras. Lo digo con orgullo. Para agarrarlos a todos. Para cuidarlos. Con estas manos que ahora te trenzo, yo lo lavé, le di de comer, lo subí, lo até, lo atendí...

CLAMA.— Las manos son de Carda.

MADRE.— ¿Y mi cara? Mirame. Acá lo tenés: el trabajo duro. Resignación. Abs-tinencia. Todo pasé. Para mí siempre fue lo peor... Qué se le va a hacer.

CLAMA.— Me dan ganas de preguntarte cosas... qué se yo... (*Balucea, no es claro.*) ¿A mí la teta me la dieron?

MADRE.— ¿Cómo? Hablá claro, sin vergüenza.

CLAMA.— ¿Si me diste teta? Por estas ganas con que ando siempre de chupar cosas. Me parece que me quedó de chica. Que algo me faltó. ¿Amor, me dieron?

MADRE.— Nunca, nunca me atreví a decirle eso a mi mamá. Ella me enseñó: "Para vos no importa, pero que a tus hijas nunca les falte nada". ¿Entendés? Nada te faltó, nada... ¿cómo hablás así? Una noche... qué digo una, tantas noches despierta, protegiéndote del viento, mi cuerpo tirado sobre tu cuerpito. Mi pelo revuelto. ¿Viste los barcos, la imagen de la santa que los protege...?

CLAMA.— ¿Escaparate de proa?, ¿estandarte?... ¿mascarón?

MADRE.— Debe ser. No sé cómo se llama. Nunca vi el mar. Pero así. Así me sentía. Diosa de la protección, Madre.

CLAMA.— ¿De madera, de yeso... tallada? Háblame de esa imagen. Qué linda imagen para mamá.

MADRE.— De paja. Enhiesta y desafiante. Me tiraba sobre vos, para tratar de ahogar tus gritos. Pero ni mi vientre podía. Si seguía me daba miedo ahogarte. "Cuidate de los excesos de protección." Eso también me lo decía mi mamá. Clama te pusimos por eso. Llegaba la noche y gritabas como endemoniada. "Mirá cómo clama", decían todos. Y te quedó.

CLAMA.— ¿Entonces cuando nació no tenía nombre?

MADRE.— No sé. Igual eso fue enseguida. Naciste y gritaste.

CLAMA.— ¿Enseguida cuánto?

MADRE.— Unos meses. No sé... Por ahí fueron días.

CLAMA.— No sabía quién era. Por eso me pasa todo. Me dormía y soñaba el sueño de cualquiera. ¿Por qué, Madre, me hiciste eso? Dejarme sin bautismo...

MADRE.— No te pongas mal... antes era así. Era común. Mas acá. Esto es lejos... un lugar hostil... a veces no queda mucho tiempo... Pero te decía atochita del páramo, grullita berreadora, clamitraque-del-buche-no-se-escape...

CARDA.— Salivazo de bautismo no te faltó (*A la vez, con Madre.*): “Clama Borrasca”.

MADRE.— Las Borrascas. Eso somos.

CARDA.— Carda Borrasca, águila me siento...“alta en el...” (*Tararea aurora.*)

MADRE.— Madre Borrasca. Y nunca se me hubiese ocurrido quejarme por mi nombre (Madre), a mi madre. Si fue confuso para mí, sobrellevé ese peso para convertirlo en algo bueno. Miro al futuro pensando que Madre Borrasca es el destino que Carda Borrasca pensó para mí. Solo puedo tratar de enaltecerlo. ¿Te das cuenta? (*La mira con atención.*) *Madre sube al techo, le cierra los ojos a Carda y vuelve a trenzar.*

CLAMA.— Para mí ni un rato. O menos. Menos que menos. Nada. Para abuela Carda todo el tiempo. Hablan y hablan... como cuchillos. Vaya a saber de qué hablan. Bien que me acuerdo. (*Pausa.*) De los ojos cuando se dormía. Del parpadito, bien que me acuerdo. Yo jugaba con él, ¿no?

MADRE.— Si lo hubieses hecho... Yo lo abrigué, lo cobijé, lo cuidé, lo nutrí. Como ves, todas necesidades primarias.

CLAMA.— ¿Y yo, yo, yo, yo? ¿Nada? “Hijo”.

MADRE.— Otra vez. Basta de gritar, Clama. Carda duerme. ¿Y ahora por qué te besás el dedo? Si se puede saber.

CLAMA.— Es mi dedo sensible. Acá en la yema. Acá me quedó para siempre la sensación... el dibujo del parpadito. Me podrán quitar a mi hijo. Pero esto. (*Le da muchos besos piquito a su dedo.*) Esto sí que nadie me lo quita, ¿eh?

CARDA.— Ahhh. La sal. Me come la espalda. Subí de una vez.

MADRE.— ¿Ahora lo extrañas? Flojita la mamá, ¿eh? Ya subo, mamá Carda. Aguante un poco. La despertaste nomás.

CLAMA.— Me llamaste, mamá.

MADRE.— Una flojeza.

CLAMA.— Van a ver... Va a ser una proeza. Una proeza de la que soy capaz, yo. Esta vez lo traigo.

*Clama sale a los saltos con su silla.*

*Canto de jilgueros.*

## ESCENA 5

*Madre y Clama sobre el techo. Clama entra saltando sobre la silla de paja. Farfuleos de madres.*

CLAMA.— Madre, no podés callarte un poquito. Siempre empollando-emparejadas. *Farfuleos de madres.*

CLAMA.— Madre, son como cuchillos.

MADRE.— ¿Qué?

CLAMA.— Las voces. Muchas voces. Parecían un coro implorando.

CARDA.— Impresionante. Largá todo.

CLAMA.— Primero escuché al abuelo. Gritando. Y ahí me acordé. Un soplo de sal a la garganta. Como esa tarde. Lo vi todo.

CARDA.— El abuelo era un hombre quejoso. Los extranjeros son así. Y medio fabulador también. Exagerado. (Si habré sufrido...)

CLAMA.— El abuelo me llamaba Clama, como cuando iba con él a la laguna a la tarde. Me encegueció un resplandor. El sol está furioso y da contra el salitral. Si vieran la laguna ni la reconocen. Sin agua. Así de sal.

CARDA.— Ya lo contaste. Largá del abuelo.

CLAMA.— El abuelo el primero, atrás aparecieron muchas personas en fila. Una manifestación. Se me presentan y me dicen que no tienen nombre ni ellos ni las cosas. Que no tienen nombres para las cosas. ¿Se dan cuenta? Como yo, pensé. Como yo. (Muchas son personas que yo no recuerdo pero las conozco... me acuerdo de caras, gestos, pero no sé de dónde las conozco ni cómo se llaman... si me acordara, se los podría decir a ellos, colaborar en algo con los manifes-

tantes... una lástima, no me acuerdo...) Y cuando hago más preguntas se van. Sigo caminando y sólo hay ecos. No se ven más cuerpos. Hay objetos (cañas, varas clavadas de punta en la sal) y voces. Me venía y escuché todas onomatopeyas... muy raro.

CARDA.— (*Hace un relato con onomatopeyas.*) Nada raro, a mí también me gustan los ruidos. Los nombres no son más importantes que los ruidos de las cosas. ¿El abuelo iba primero en la manifestación de los quejosos? (Seguro, ¿no?) Largá de él, Clama.

CLAMA.— Cuando todos se están yendo, al abuelo lo siento entre mis brazos. El abuelo igualito pero bebé, como de dos años. Y lo acuno. Tiene unas varas de punta en los ojos. Se las quiero sacar. Cacarea un gallo. “Licimio, hijo”, grito. Y el abuelo desaparece. Ya sé: otro sueño. Pero me quedó esta vara. Mírenla. Ahora parece como cualquiera, como las que tienen acá. Pero era brillante, dorada. Se enterró como medio metro en la sal. La fuerza que hice. Esta vez la vara está. ¿Qué me dicen?

CARDA.— La vara dejala por acá. Si podés traé otras. A los hombres les conviene hacerse los niños. Así se van.

MADRE.— Juegan con pajaritos. Vos no te distraigas. Seguí la voz de tu corazón. Escuchá a tu hijo.

CLAMA.— Lo llamo, mamá. Lo llamo. (Mirá que lo llamo.) “Hijo”, hijo, clamó en la laguna. Y las olas me devuelven mi eco. “No me confundan más”. Les grito a las olas como si les gritara a ustedes. Es confuso. Pero me pasa.

MADRE.— Es cansancio. Fuiste muchos días seguidos. Hoy dormís con nosotras. Alitas de mamá para mi grullita gritona. (*Por un agujero le apoya los jilgueros muertos en la espalda.*)

CLAMA.— (*Grita.*) No me confundan más. “Hijo”. Antes de caerme, mucha sed, todo borroso, un chorro medio caliente entre las piernas. ¿Abuela, me hago pis? ¿O estoy perdiendo hijos?

MADRE.— Tuviste uno. Calmate, Clama.

CARDA.— De chiquita fuiste miedosa. Que “aletita con manito”, que “piquito-pajarito”, “gorjeitos de dormir”, “gotitas de...” qué sé yo... Una historia... No parecés nuestra. Olor a meada. La tierra pide líquido. Oriná con confianza.

CLAMA.— Madre, ¿por qué también con mi hijito?

MADRE.— Por las dudas.

CLAMA.— ¿Dudas?

MADRE.— Toda madre las tiene.

CARDA.— En eso tiene razón. Dudas de Madre.

*Clama vuelve a irse a los saltos.  
Canto de jilgueros.*

## ESCENA 6

*Madre sube y baja del techo. Carda inquieta. Clama vuelve arrastrando la silla.*

CLAMA.— Creo que lo escuché. Era él. Entre todos distinguí la voz de él. Era chiquito. Decía cosas raras. Hablaba como hombre. Con voz de niño. No sé.

MADRE.— ¿Qué decía? ¿Me extraña? ¿Habla de mí? ¿Qué dice?

CLAMA.— Habla de tejidos. Como si vendiera artesanías. Debe haberse dedicado a eso. Es como un mercado. Detrás de la sal. Lejos. Se escuchan órdenes y precios. Una guerra de precios. Una subasta. Subastan pinturas de hombres, creo. Hay desabastecimiento. Dicen que les falta de todo. Hasta agua. Fue lo último que le escuché.

CARDA.— Igualito a nosotras. ¿Qué más?

CLAMA.— Nada más. Ah, sí... de fondo. (*Canta.*) “Pinceles Pelocardá pintan colores del Alba.” ¿Lo dirían por mi corazón, no? Tantas voces, muy pegadizo...

MADRE.— Clama, la de voz fuerte, clama por él. Lo vas a traer. Es necesario.

CLAMA.— Son voces. Nada más. Hay un banco, para que las madres esperen, supongo. Un banco muy blanco por la sal. Parece que gente, mucha gente, van a esperar. Toco una piedra y sale una musiquita. Una canción dulce... como un gemido entre las cañas.

CARDA.— La siringa.

CLAMA.— Como de flauta dulce. ¿Qué decís?

MADRE.— Se lo hice yo. Siringa. Con pedacitos de varas. Desiguales. Hicimos de todo para entretenerlo con lo poquito que tenemos.

CARDA.— Se lo hice yo. Bueno, la idea fue mía. Reconocelo. “Uní cañas desiguales, y pegalas” te dije.

MADRE.— Hacerlo lo hice yo. Con estas manos. *Carda asoma las manos-garras.*

CLAMA.— Basta. Yo no te hice nada en las manos. Vos gritaste. Yo ni te toqué.

MADRE.— ¿Qué decís?

CLAMA.— Estabas enyesada. Sin manos. Me daban ganas de llorar. Yo no te toqué. Grité porque no te encontraba. Te habrías caído. Te buscaba y no te encontraba.

MADRE.— ¿Qué te pasa, Clamita? Me enyesé por un accidente. No fue por vos. Me caí. Un golpe muy fuerte. Cuando se fue tu padre. Otro más.

CLAMA.— ¿Otro más qué? ¿Otro golpe más, otro padre más, otro que se va, otro que se muere, otro sueño?

CARDA.— Otro, que tire y pegue... huija!

MADRE.— Mamá... contrólese.

CLAMA.— No me confundan más. ¿Por qué gritaste?

MADRE.— ¿Tenemos que hablar de eso ahora?

CLAMA.— Tengo dudas. Tantas. Carda, dígame, ¿dudas de Madre?

MADRE.— Dudas de futuro. Eso tenemos. ¿No ves, Clamita? Los hombres se van. Nosotras quedamos.

CLAMA.— Siento un hueco. Se me escapa todo. Chorreo... Otra vez chorreo... mi sangre, la de mi hijo. Estoy embarazada, Madre. El quinto embarazo y siempre pierdo. Perder, ¿te das cuenta? Así soy: me pierdo. Decime “Madre” o “Mamá”. No usés diminutivo, por favor. Necesito eso. Un nombre.

CARDA.— ¿Un hombre? Y seguís insistiendo. Otro más. Abrí las piernas y hacé fuerza. Serví para algo. Mojanos un poco la tierra. Acá los trabajos duros siempre nos tocaron a nosotras.

CLAMA.— Decime mamá, Madre.

MADRE.— Despabilate, desplumate. Es hora. Y danos de una vez un hombre nuestro.

CARDA.— De cada día.

MADRE.— Por eso ibas tanto a la laguna. A embarazarte.

CLAMA.— No. Este hijo es de lejos. A la laguna voy a buscar a Licimio, mi hijo. También a mirarme en el reflejo...

MADRE.— Yo me reflejo en los ojos de Carda. Así medio cerrados como están. Más el izquierdo, que le llora. No importa. Ninguna necesidad de irme. Así le hablaba a tu padre.

CLAMA.— Cuando vine embarazada yo también pensé: Papá. Pensé Papá y pensé Futuro. En la laguna no se puede pensar más. Si vieras. Quemados. Todo...

MADRE.— Si vas a ser mamá...

CLAMA.— Soy. *(Se pasa el dedo por las piernas y se besa la yema.)* ¿Sangre? ¿Esto es sangre? No quiero mirar.

CARDA.— Sangre no siento. Olor a meada. No te avergüences. Es natural en las preñadas.

MADRE.— Mamá, cántese algo.

CARDA.— No hay una sola Madre. No hay una sola floja. El ojo izquierdo me lagrimea. Y las cinchas se me aflojan. Bueno, digo falta poco para la noche. El viento se viene encima. Subí de una vez.

MADRE.— Me rebrotan fuerzas. Me sobran manos para agarrarte, para trenzar de nuevo. Que el viento nos pegue juntas.

*Madre acomoda a Carda de un empujón y con la silla de Clama al hombro van trepando las dos.*

*Canto de jilgueros.*

## ESCENA 7

*Carda, Madre y Clama en el techo asomadas por el agujero, cada vez más grande.*

MADRE.— Dame la mano. Apretámela bien. Estoy vieja. ¿Entendés? Ahora vas a ser mamá. Parece. Hablemos emparejadas. No es fácil. Acá no es fácil la vida. Este lugar es lejos. Lejos de todo. Te vi llegar y lloré de alegría. Nunca nadie contestó una carta. Ni siquiera tu padre.

CLAMA.— ¿Papá?

MADRE.— Como si se lo hubiese chupado la tierra.

CLAMA.— Como la sangre. ¿Decís?... Las gallinas mansas.

MADRE.— Como todos. Nos abandonan, hija. Al menos vos viniste, atochita del páramo.

CLAMA.— Estoy acá. No llores más, Madre.

*Lamentos de Madre mientras lleva por el techo a su hija sobre las espaldas en la silla de paja.*

MADRE.— Ahora vas a ser mamá... puedo desembuchar. Nosotros tuvimos a Licimio en el techo. (Así como vos ahora.) Casi recién nacido. Teta le llegaste a dar. Ya habría pasado un mes. Tal vez más.

CARDA.— Que el primer alimento sea materno. (Eso se respeta.)

CLAMA.— ¿Me robaste un hijo? ¿Eso decís?

CARDA.— Que haya entendimiento.

CLAMA.— ¿Me lo robaste? ¿Eso me decís? ¿No fue un sueño?

CARDA.— No te nubles. Escuchá.

MADRE.— Quise ayudarte, hacer el trabajo más duro. Acá no es fácil. Lo teníamos arriba para cuidarlo. Vos eras muy chica. Único varón nuestro. (Siempre pariendo hembras.)

CLAMA.— “Los hombres son inútiles”, me decías siempre. (“¿Para qué los querés?”) “Sirven para hacerte llorar”. Las dos me decían eso. Me daban varazos si escribía esperando a alguno...

MADRE.— Éste era distinto. No hay caso. No me escuchás. Único varón nuestro. Sangre de nuestra sangre. Un hijo de mi hija. (No como nosotras siempre preñadas de hembras.) Soltame la mano. No puedo agarrarte. Un resplandor atravesó mi corazón. Te lo arranqué de raíz. Ahí te caíste.

*Clama se baja del techo con la silla a cuestras.*

CARDA.— Venite para arriba mocosa, agarrate una macolla... esta vez la carta te la dicto yo... ustedes no tienen ventura... a ver...

CLAMA.— Madre... me voy, creo...

MADRE.— Ya no puedo agarrarte. Mirame las manos. (*Carda asoma las suyas.*)

CLAMA.— Me voy (chorreando la tierra)...

MADRE.— Desagradecida. Quise cuidarte. A vos y a tu hijo. Los varones son así. Se van. Todos iguales. Aunque una los rapte. Ahí voy, mamá Carda. Me vuelvo a trenzar lo poquito que nos queda. (*Madre sube.*)

*Canto de jilgueros.*